

ÁLVAREZ LÁZARO, P. y VÁZQUEZ-ROMERO, J. M. (eds.), *Karl Christian Friedrich Krause: La educación masónica. Escritos*. Traducción y revisión: E.M. Ureña, A. Schäpers, P. Álvarez Lázaro, J. M. Vázquez-Romero, Universidad Pontificia Comillas, Colección LKM, Madrid 2020, 156 págs.

El sugerente título de *Karl Christian Friedrich Krause: La educación masónica. Escritos* atesora la selección y edición realizada por los profesores Álvarez Lázaro y Vázquez-Romero de cinco fuentes primarias representativas de la teoría educativa del filósofo de Turingia, tanto desde su metodología didáctica como desde sus fundamentos ampliamente pedagógicos, al tiempo que vinculan ambos con la conocida adscripción de su autor a la masonería. A este quehacer filosófico contribuyen filológicamente con sus traducciones los profesores Andrea Schäpers y, póstumamente, Enrique Menéndez Ureña.

Conviene recordar que el propio Krause no expuso de una manera sistemática los fundamentos pedagógicos de su educación de la humanidad. Por ese motivo, el valioso estudio preliminar —«La educación de la humanidad»— escrito por los editores de esta obra contribuye a contextualizar y abordar analíticamente esta faceta del pensamiento krausista, con la finalidad de esclarecer muchas interpretaciones erradas —en no pocas ocasiones intencionadamente sesgadas— de la teoría social y educativa de su autor. Pensamiento educativo, por otra parte, que como es notoriamente conocido, ejerció una capacidad de atracción innegable en España, por ejemplo en intelectuales como Sanz del Río o Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. El

valor de este estudio sistemático descansa en su presentación de conceptos centrales para el arte de la educación en Krause, fundamentada metafísicamente en su panenteísmo (todo en Dios, pero Dios a su vez es una totalidad indiferenciada que posteriormente se diferencia en Dios mismo, Naturaleza y Espíritu) y dotada de una consideración sustantiva para alcanzar su teoría masónica, armónica y universalista de la humanidad —con un ideal de organización compuesta por unidades sociales de convivencia y alianzas para la religión, el derecho o la virtud, por ejemplo—. Con la finalidad de captar plenamente las sutilezas del paidocentrismo y del rechazo al aprendizaje memorístico propugnados por Krause, los editores acompañan su estudio introductorio de precisiones terminológicas y técnicas que facilitan enormemente la lectura con aprovechamiento de los textos seleccionados. Así, Krause concebía la «formación» humana integral (*Bildung*) como el crecimiento de las dimensiones de lo humano tanto en cada individuo como en las unidades sociales de convivencia. Esta formación, en función de la relación interna entre formador y alumno, abarcaba la «educación» (*Erziehung*) —cuando el formador dirige a su pupilo— y la «instrucción» (*Ausbildung*) —cuando la relación entre ambos se establece en un plano de igualdad—. Además, la «enseñanza» (*Unterricht*) abordaría la metodología docente y el proceso de transmisión del conocimiento, mientras que el término *Lehre* aludiría a la enseñanza que hoy denominamos infantil, primaria y secundaria.

Con estas notas a modo de introducción, es posible analizar los textos seleccionados en esta edición. El primero de los textos, «La Alianza para la formación de la

humanidad», publicado originalmente en 1811, despliega los conceptos centrales expuestos en la introducción antedicha. Así, la Formación estaría encaminada a que cada ser dirija artísticamente sus capacidades «para expresar su esencia divina». Por tanto, la noción de un arte educativo y la relevancia de realizar con mayor plenitud la relación con Dios no resultan baladíes. De ahí resulta natural colegir la deriva organicista, pues como Krause destaca, dicha Formación no tiene lugar aisladamente, de manera atomizada, sino en un todo social, «sólo en unión con los múltiples esfuerzos sociales de los demás y, supremamente, de la humanidad misma». Esta Alianza para la formación actúa de consuno con la benéfica influencia de razón y Dios mismo. A continuación, Krause procede a desglosar la Formación en Educación e Instrucción, en función de la relación que mantienen formador y educando. La personalización del plan educativo aspira a alcanzar en cada persona, en cada individuo, la plenitud de fuerzas del pupilo. Considera Krause que, «quien construye así construye algo indestructible». La formación de la humanidad sólo puede erigirse de manera organicista, sustentado por la Alianza de todos los hombres, que a su vez se nutre de personas que conforman las demás sociedades fundamentales activas. Toda formación, individual o de la humanidad, destaca este breve texto, es concebida consecuentemente como parte de ese entramado capaz de potenciar los mejores aspectos del estudiante.

Una perspectiva tan alentadora como la contemplada en el primer texto tiene su continuación en la «Buena nueva dirigida a la humanidad: la educación», fragmento de un manuscrito del Fondo K. C. F. Krause, de Dresde. El concepto filosófico de humanidad de Krause precisa de una educación singular para alcanzar su plenitud. Se trata de un arte que permita alcanzar el ideal organicista antes mencionado, pues sólo así será posible prevenir que haya quienes se reorienten hacia el mal. Para ello, Krause concibe una metodología didáctica, nutrida por la razón y la naturaleza, para conseguir que la humanidad recuerde que sus individuos son pupilos de Dios. Es una educación

que enseña a amar en el seno del matrimonio y se extendería a los amigos, a la sociedad, al pueblo y a toda la humanidad desde el respeto, el amor y la justicia. Todo ello a partir de una «individualidad originalmente peculiar», como afirma Krause. Resultaría pertinente adoptar la experiencia de generaciones anteriores para «ahorrar al pupilo con amor la triste necesidad de experimentar todo por sí mismo, de modo tedioso y, a menudo, incompleto y doloroso». Este vínculo con el pasado, este diálogo con las generaciones pretéritas aleja al autor de cosmovisiones rupturistas y de cambios revolucionarios traumáticos que en no pocas ocasiones se han imputado al autor. En este camino hacia la formación social «omnilateral», debe recordar cada educando que el ser humano es el preferido de Dios. De ahí que el organicismo, la armonía y el gradualismo deban encaminarse a la contemplación ordenada de ideas eternas. La Alianza para la humanidad organizará la educación individual, de los pueblos y, en suma, de la humanidad de un modo gradual, pausado y organicista.

«Acerca de la enseñanza como parte de la educación», texto publicado en 1823, Krause extiende la naturaleza bifronte artístico-científica de la educación como un proceso de formación del docente a su discípulo hasta alcanzar la enseñanza desde una perspectiva metodológica encaminado a dinamizar y potenciar la transmisión de contenidos y conocimientos. De hecho, establece que la pericia de Occidente en estas lides —especialmente representadas por el pueblo alemán— evidencian su primacía respecto del desarrollo progresivo de la humanidad. El organicismo krausista ilumina esta metodología en dos ámbitos. Primero, en la conformación de una capacidad de conocimiento, un aprender a aprender decimonónico, que abarque lo esencial o divino, lo permanente —lo finito como independiente del tiempo—, lo temporal y aquello que une lo eterno y lo temporal. En segundo lugar, a enseñar habilidades artísticas mediante ejercicios regulados que permitan, además, el desarrollo de la totalidad orgánica que conforma al ser humano. En última instancia, señala Krause, la vida es un arte,

y la vía de ejercicio profesional puede conformar un camino de desarrollo armónico de dicha belleza. Este camino, empero, no está exento de carencias, que el autor desgrana minuciosamente, como por ejemplo, la postergación de la enseñanza general humana, la exclusión de las mujeres, la instrumentalización pragmática del saber por sus beneficios materiales y crematísticos antes que por su labor verdaderamente humanizadora, la especialización y el excesivo peso de las lenguas extranjeras en detrimento del idioma materno. Cuestiones, podemos apreciar, que resuenan en nuestro tiempo y lejos aún de encontrar solución en nuestro tiempo.

Publicado también en 1823, «Algunas observaciones acerca del tratado de Fröbel: *Sobre la educación alemana en general y sobre lo alemán general del instituto educativo de Keilhau en particular*» comprende la admonición que Krause dirige al autor mencionado. Así, Fröbel habría aplicado principios pedagógicos krausistas exclusivamente al pueblo alemán, lo que Krause considera errado por cuanto daba primacía a una parte sobre el todo de la humanidad. Arguye que es preciso educar en un patriotismo rectamente entendido, esto es, aquel que integra una imagen ideal de un pueblo en la humanidad. Sobre el cimiento sólido de la humanidad, Krause abogaría por realizar los rasgos esenciales en las peculiaridades de cada pueblo. Por lo tanto, los compatriotas alemanes han de conocer su tierra, su lengua, sus leyes, su ciencia y arte, en suma, su historia, para hacer que sus intercambios científicos con otros pueblos contribuyan a que la humanidad como totalidad orgánica y general alcance la belleza que le corresponde en virtud del acompañamiento de la razón y de Dios. Todo ello sin menoscabar la teoría educativa de Fröbel en sus términos restantes.

Finalmente, la «Carta abierta entregada con fraterna sumisión a los venerables y muy meritorios hermanos presidentes del instituto educativo de Friedrichstadt» recupera la provocadora alusión a la masonería del título de este libro. Krause, sabido es, cifraba la construcción de todo lo que es humano en la actividad masónica, ejemplo

privilegiado de la filosofía política y social de nuestro autor. Con motivo de la jubilación de Johann Gottlob Moraweck, director del instituto educativo de Friedrichstadt, nuestro autor dirige una serie de recomendaciones para encaminar los pasos de dicha institución educativa y a tal fin traza un vínculo de afinidad entre la formación humana que deben recibir los niños y los objetivos de la Hermandad masónica. Ambas organizaciones aspirarían a educar para la búsqueda de la verdad, bondad y belleza, y sentarían las bases para una instrucción posterior, ya fuese de índole profesional o académica. En su paidocentrismo, Krause aprovecha para apostillar que la educación de las niñas debe ser exactamente igual que la recibida por los niños. Resulta fundamental recordar que el arte de la educación debe aspirar a que de las instituciones educativas infantiles resulten egresadas personas buenas, pues esto se aprende en la niñez con mayor facilidad. A mayor abundamiento, Krause demostró una profunda perspicacia al vincular la metodología y su éxito, antes que con los medios materiales con el entusiasmo de los docentes, verdaderos artífices del arte educativo. Más allá de recomendaciones coyunturales encaminadas a facilitar la selección del siguiente director del instituto, sí asevera que debe reunir una serie de requisitos como ejercer su función educadora y no meramente inspectora o coercitiva, que haya sido formado en la universidad, que actúe como padre y administrador y, por último, precisa Krause lo ineludible de su vinculación con la masonería, para poner en contacto el instituto con la hermandad masónica y ambos con la vida pública. Por lo tanto, resulta obvio el papel central y orgánico que asigna al director, vinculando sociedades humanas en el camino hacia la conformación de una humanidad integral.

De estas lecturas cabe afirmar que nos encontramos ante una selección representativa no sólo del pensamiento educativo de Krause, sino también de su filosofía política y social, que reverberan a través de ese punto de encuentro que suponía la hermandad masónica para nuestro autor reseñado. La presente selección es motivo de celebración

para los estudiosos del pensamiento krausista, de la historia de la educación y de la masonología. Se trata de una obra que manifiesta el dominio y la soltura de sus editores en estos ámbitos académicos al tiempo que contribuye al quehacer filosófico de cuestiones centrales para la filosofía aplicada. – MARIO RAMOS VERA.

CAMILLERI, A., *Conversación sobre Tiresias*. Epílogo, Carlos García Gual. Traducción, Carlos Clavería Laguardia. Alta Marea, Madrid, 2020, 64 págs.

Poco antes de morir Andrea Camilleri en 2019, se publicó este texto (*Conversazione su Tiresia*. Sellerio Editore, Palermo, 2019) que él mismo había representado en 2018 en el teatro griego de Siracusa. En 2020 la editorial italo-española Altamarea lo tradujo y lo publicó en su colección Tascabili: libros de bolsillo, bellos en su austeridad cartonera.

Camilleri (Sicilia, 1925) fue escritor, director de teatro, radio y televisión, guionista, actor y productor. Con más de 90 años y solo en el escenario, Camilleri/Tiresias nos cuenta qué supone «pasar de persona a personaje» (p. 8). La metamorfosis es la médula de la reflexión de quien está a punto de afrontar la mayor de todas las metamorfosis: dejar de estar vivo. Y antes, otra no leve: haber perdido la vista y haber quedado ciego. Como Tiresias. Fue entonces cuando «tuve la urgente necesidad de intentar comprender en qué consiste la eternidad» (p. 43).

El relato de las metamorfosis de Tiresias comienza en el monte Citerón, la cumbre del placer y del dolor: allí es donde Zeus se transforma en animal, lluvia o río para satisfacer su deseo por alguna joven, allí Layo arroja a Edipo por la ladera caliza y allí se aparea la pareja de serpientes que encuentra Tiresias. Tras matar a una de ellas, la hembra, se convierte en mujer.

Pero esa es solo una de sus metamorfosis. Por su condición primero masculina y después femenina debe responder ante Hera y Zeus quién goza más, la hembra o el varón, y su respuesta es que es la fémina, lo que le vale la ira de Hera y el castigo de la ceguera. En otra versión, sin embargo, el

mal le sobreviene por haber visto desnuda a Atenea durante el baño. Para compensarle, Zeus le otorga el don de la adivinación y siete vidas. Y es así como Tiresias se convierte en mediador entre hombres y mujeres, humanos y dioses, futuro y presente, vivos y muertos.

Camilleri/Tiresias comienza la narración de sus desventuras en la Antigüedad grecolatina en tono cómico mientras recorre los versos de Homero, Hesíodo, Calímaco, Sófocles, Ovidio, Horacio, Juvenal, Estacio, Séneca, Luciano y Boecio. No olvida las versiones menos conocidas de Jacopo della Lana, el Anónimo Florentino, Guido da Pisa, Ludovico Dolce, Angelo Poliziano, Pietro Aretino, Ugo Foscolo y un inglés anónimo que acuñó el verbo «tiresiar» para referirse «a quien acepta todo tipo de depravaciones» (p. 28). Vuela con Dante y John Milton y alcanza su altura máxima en el siglo XX, «el que me ha rescatado» (p. 30), con Borges, Hofmannsthal, Apollinaire, Cocteau, Virginia Woolf, Pavese, Dürrenmatt, Archival MacLeish. Ezra Pound, T. S. Elliot, Pier Paolo Pasolini y Primo Levi, que escribió que en el campo de Monowitz –Auschwitz estuvo a punto de sufrir una metamorfosis peor que la de Tiresias, «la que lleva de hombre a no-hombre, y que si se salvó fue gracias a la poesía» (p. 41).

Ni Tiresias con su experiencia hermafrodita, su arte adivinatoria y sus vidas en plural pudo prever el horror sufrido por las víctimas de los campos de trabajo y exterminio nazis.

Camilleri/Tiresias nos ha hecho reír, nos ha hecho disfrutar de la música y la literatura del siglo XX y nos ha sacado del trance poético haciendo presente la memoria del horror. La voz del siciliano nos ha guiado en esta anátesis desde el subsuelo del poema homérico hasta la superficie del campo de aniquilación, del invisible Hades (Ἅιδης, *A-ides*) a lo irrepresentable, del reino mitológico de los muertos a los muertos de la Historia.

«Pensad que esto ha sucedido», escribió Primo Levi en *Si esto es un hombre*. El placer es mítico, el dolor es histórico. – HENAR LANZA GONZÁLEZ (lanzam@uninorte.edu.co)